

**EN BUSCA DE  
LA AUTENTICIDAD  
AMERICANA  
por Pedro Acosta**

Con un fondo al cual niega cualquier horizonte un negro drástico en un plano impenetrable, Bolívar está de pié abrazando la imagen de la libertad americana. Extraña seducción la de este retrato trazado en tabla anónima por un contemporáneo suyo, y la cual irradia quizá de las facciones de la alegoría de esta libertad de piel cobriza, o mulata o cuarterona, y con cierta dulzura en la mirada que se entristece por la firmeza que emana de toda su imagen. Está tocada por plumas a las cuales sujeta un bordón escarlata, -una primera influencia jacobina!,- y tras del hombro se insinúa un atado de flechas emplumadas. Es una libertad sin la eufemística esbeltez de los grabados europeos que exaltaban la Revolución Francesa y, por el contrario, el suyo es el cuerpo de mujer india ovalada la cara, los pechos apenas florecientes, las redondeces en que palpita la ansiedad. Un cuerpo pequeño al que Bolívar podría acurrucar con su abrazo. Seducción que dice el nombre de América con rastros del recuerdo de la Virgen de Guadalupe a cuyo amparo se pronunció la palabra Independencia, mágica porque incitaba al encuentro de un misterio de convulsiones. Pero el autor anónimo, -otra influencia jacobina!, -se dejó tentar por el demonio de los ornamentos decimonónicos, -la túnica de un rojo traslucido, el camafeo con la miniatura del héroe secretamente amado,- como si, súbitamente, a su pincel vacilante, hubiesen acudido las aborígenes y las mulatas, las mestizas y las criollas, la maledicente socorrana Manuela Beltrán, la Virgen de Guadalupe y la de Chiquinquirá ya tocadas por el "mal de la tierra", agolpándose alrededor de la deidad libertad de rasgos helénicos, soberbia en su estricta armonía. La libertad americana llena de presentimientos, anhelante, al fin y al cabo hija del turbión de tantas sangres. Y esa libertad clásica, tallada en mármol; a un tiempo revivida y atada por la avalancha bonapartista.

Una avalancha que rompía todo un mundo, reencarnando a la antigua libertad. Pero Bolívar, ajeno a las ostentaciones alegóricas de la época, abraza a la americana con unas facciones de las cuales ha huído toda similitud con con lo helénico, tan cara a los pintores de su tiempo. Un bigote áspero por

las ventiscas de los Andes y las reverberaciones de los llanos, la piel tostada, la mirada penetrante e inapelable y la actitud erguida que reposa apenas en la espada. Sólo dos pequeñas medallas sobre la guerrera de un rojo rechinar que contrasta con aquel plano impenetrable de negro drástico que niega cualquier horizonte al fondo. No es ese Bolívar tan común en los retratos que se esmeraban en ser réplicas de la parafernalia napoleónica. Simplemente aquel Bolívar que ya había dicho: "esta patria es caribe y no boba".

La extraña seducción del retrato nos acerca al hombre verdadero en la cruda realidad de su tiempo, y ello podría explicarnos su vigencia, ese trascender porque su obra sigue pendiente. Es la misma extraña seducción que debió rodearlo desde 1811, casi un intruso en la sociedad Patriótica de Caracas, cuando cortara la abundancia oratoria con sentencias que son la impaciencia americana misma: "¿Trescientos años de calma no bastan? ¿Se requieren otros trescientos todavía?". Es, pues, una seducción que emerge del carácter americano, tan fielmente encarnado en este retrato anónimo.

Bastaría compararlo con los trazos de Goya, su buril desgarrado por la España de los confesionarios y los fusilamientos, o con la pétrea silueta insondable de El Escorial, para comprender cuán profundo abismo la separaba de América. Los excesos metafóricos han señalado muchas veces la incompatibilidad entre aquel universo declinante, aferrado a las miserias terrenales como premisa celestial, y este aflorar exuberante de un continente ansioso de resucitar, -resarciéndose sus contenciones desde la hora primigenia, -para lograr su plenitud. Un exceso verbal que es una excepción como acierto. Continente verde, patria caribe, legado a los borbones por un rey agonizante y exorcisado en un episodio sombrío al cual concurre una constelación de integrantes y posesos que deambulan por los vericuetos lóbregos de El Escorial. Cercado por presentimientos, Carlos II "El Hechizado" desciende una noche a lossocavones con las criptas y se detiene ante la de Felipe II. Lo increpa desde la muerte. Trémulo sigue su peregrinación hasta la tumba de su primera esposa, se hace descubrir la carroña y la besa, y convulso en llanto, se cita con ella en el más allá. Es este soberano que más parece un fantasma al cual asedian los embajadores de las casas reinantes y los cardenales, teólogos y obispos, quien lega España y sus dominios a los borbones. Porque fué el consejo del Papado al moribundo. Se le atribuyó haber sido embrujado y fué sometido a exorcismo. La cruz debió resplandecer en su débil mente, sesgándole las áureas disbólicas, y todo ello, en conclusión, sería el proceso que continuaría para comenzar a desatarse ante este americano, Simón Bolívar, que se enorgullecía de su patria caribe. Desde allá, regía esa urdimbre con los signos de la inquisición, tan palpablemente representados en el increíble sino macabro de "El Hechizado", masoquista y

maquino, asido al fanatismo religioso negando la vida, justamente cuando los aires de la reforma hacía tiempos habían cruzado a Europa.

Sin embargo otro divorcio estaba trazado y confluía también al destino de Bolívar. Medía mucho entre España y la corona de España. El avasallante ímpetu de los conquistadores, el individualismo arisco, la terquedad altiva, esa idiosincracia altanera en que se desborda el deseo de vivir, son la antinomia de aquel hechizamiento arropado por el dogma y el misticismo utilitario. En consecuencia, se obedece pero no se cumple tal como se proclamó desde un principio para darle forma a la tradición de los cabildos hispánicos, que, como otra variante del mestizaje, daría paso al cabildo comunal americano. Item si acá era el aislamiento impuesto por un continente gigantesco cada una de cuyas provincias se almenaba a su vez tras separaciones geográficas que dilataban las distancias. En tan vasto hemisferio se libraría una batalla inicial que no pudo borrar al hombre precolombino de la faz de su tierra, y dejó las huellas de la rebeldía de España contra la corona de España. Bolívar la evocaría en su destierro de Jamaica al soñar con la gran patria unitaria de América cuya capital debería bautizarse Las Casas en homenaje al padre que defiende a los indios de las depredaciones. Luego, el mestizaje...

Quizá en este proceso no quedó la impronta del jusnaturalismo hispánico de Francisco Suárez y su escuela, o, por lo menos, es difícil precisarla ni siquiera en la generación de la independencia. España colocaba en entredicho su propio imperio, a su corona. En un reciente escrito Luis Carlos Pérez ha recordado cómo "los teólogos españoles, apoyándose en Santo Tomás, pero agregando considerable caudal de ideas propias, levantaron una doctrina del derecho natural y la sostuvieron con el valor de quien se siente dueño de un poder espiritual absoluto, contra el cual no podía los golpes del infierno, menos aún los caprichos de príncipes y reyes". Era el contrato social. Los hombres nacen libres y en su comunidad reside la soberanía, aunque la conducción viene de Dios. Si el Estado y sus agentes conspiran contra esa libertad originaria y sus derechos complementarios, caen en el despotismo que puede ser destruido por los pueblos. Pero ese espíritu se aposentó en América desde un principio mas que todo al amparo de aquella máxima en constante realización: se obedece pero no se cumple.

Allá, aquella España coronada, y acá, esa América que era la prolongación de la España discola. Bolívar es también el producto de ese enfrentamiento pero a nombre de lo americano lo cual implica una distinción esencialmente radical. Surge de su talento mismo impuesto por la mezcla o el choque de razas y castas. Las preocupaciones de Bolívar sobre el Estado que habría de instaurarse cuando se expulsara a la corona de España, parecen regidas por esta evidencia. Mestizos, cuarterones, mulatos, blancos todos a una atónitos

ante un hemisferio que parecía ilímite con un potencial caudaloso por el cual reverberaba la vida que podía estar agotándose en otros continentes. Vienen a descubrirlo hombres de ciencia europeos, Mutis y Humboldt, mientras que los criollos apenas logran presentir al mundo más allá de su enclaustramiento. La corona de España, a su vez, está igualmente enclaustrada para defenderse del contagio europeo.

El nuevo siglo trajo la avalancha napoleónica que esparció los aires libertarios e igualitarios de Filadelfia y La Bastilla. Rodaban por tierra testas coronadas. De súbito, el enclaustramiento español quedó roto por las botas y las bayonetas de las toscas milicias del bonapartismo impaciente por sustituir a los borbones con los esplendores de su propio imperio. Toda Europa se convulsiona y despedaza, en el albor de una era en que será incontenible el dominio burgués, audaz, hambriento de zonas de influencia. Rompe el aislamiento americano, quizá con una fuerza mayor que el propio interés criollo esa ansiedad de imperio que se reviste sin embargo de los ecos igualitarios. ¡Aquella libertad de rasgos helénicos, pronta a seducir este hemisferio virgen!

¿También era acaso la hora de América? El sueño de Bolívar gravitaba alrededor de este instante, intuído en la propia Europa cuando deambula por ella como un calavera que va a pié en buen trecho y asiste a las deslumbrantes coronaciones de Napoleón. Habría de confesarlo años más tarde. "Americano por nacimiento, europeo por derecho". Sí. El espíritu europeo pudo tocarlo, sin atrapar su condición de americano, y de él absorbió las inspiraciones medulares del cambio desatado. Un tanto enciclopedista. Montesquieu. La Revolución Francesa y los reflejos de la ya protagonizada por la América del Norte. La Leyenda, -que en el caso de los inmortales es opaca ante cualquier evidencia sobre sus existencias terrenas,- se prodiga atribuyéndole arranques románticos y jacobinos. Rousseau lo enseña por labios de Simón Rodríguez. El juramento del monte Aventino. El encuentro en el salón de Fany de Villars con Humboldt quien acaba de regresar deslumbrado, del Nuevo Mundo. Pero todo ello es el mito que vuelve a encarnarnos con el Bolívar absorto en hallar la clave del destino americano. Y, ante todo, la de la autenticidad.

Pero, ¿qué era, exactamente, la autenticidad americana? La vigencia bolivariana está revelándonos cuán árduo y doloroso fué el camino para hallarla, cierto de que allí radicaba el secreto para la gran patria unitaria o para su frustración. ¿Autenticidad en el Nuevo Mundo, forja de razas y castas, escenario de la pugnacidad de ellas, borrada ya la memoria de sus raíces,- lengua, religión,- y sustituidas por las hispánicas? Uno de los apartes de la Carta de

Jamaica intenta dilucidarlo cuando se refiere a la derrota de Quetzalcoatl que trasciende más allá de su regreso mítico que debería significar la redención para los pueblos del Anahuac. Pero, anota Bolívar, "nuestros mejicanos no seguirían al gentil Quetzalcoatl, aunque apareciese bajo las formas más idénticas y favorables, pues que profesan una religión, la más intolerante y exclusiva de las otras". Y a renglón seguido: "Felizmente los directores de la independencia de Méjico se han aprovechado del fanatismo con el mejor acierto, proclamando a la famosa Virgen de Guadalupe por reina de los patriotas". Así, ya cuando escribe la Carta de Jamaica, hacía tiempos que la autenticidad se encarnaba en la Virgen de Guadalupe y no en las deidades del Anahuac perdidas en olvido inmemorial, y, con todo, era un mundo nuevo, en gestación. Si ésto era cierto en Méjico, asiento de una de las culturas precolombinas poderosamente afincadas a la llegada de los Conquistadores, ¿qué podría decirse de otras regiones americanas? ¿Qué identificaba a esta confusión de razas y de castas? Es el propio Bolívar quien advierte en la misma Carta de Jamaica: "Nosotros somos un pequeño género humano; poseemos un mundo aparte; cercado por dilatados mares, nuevo en todas las artes y las ciencias, aunque en cierto modo viejo en los usos de la sociedad civil". ¿Cómo, pues, acertar en la autenticidad americana?

Un continente bloqueado por la política de la metrópoli con su monopolio de comercio que asfixiaba cualquier eventual producción hemisférica y se erigía sobre la fé. La Cruz y la Espada. A sus golpes, o sus mitigamientos, en una primera impostación cultural se borró la anterior faz americana, esa autenticidad que obviamente se identificaría en los prodigios mayas o incas. Pero el proceso de asimilación mutua había sido profundo, pese a la discriminación contra los criollos y al menosprecio de los altos funcionarios cuidadosos de no adquirir aquel célebre contagio del "mal de la tierra". Este mal que, precisamente, venía fraguando a América en trescientos años de una calma que presagiaba la tempestad, incontenible y proteica cuando se pusiera en contacto con el otro mundo exterior.

Bolívar es esa tempestad.

Antes que los reflejos de las revoluciones americana y francesa rebotaran sobre los mares y tocaran sus costas, ya los Comuneros habían aflorado la intención de la autenticidad americana. Ese estallido de la masa afirmando sus valores, típicamente americano y tanto que desde entonces confunde al medio exhuberante con su hombre impetuoso, marcará en adelante la historia. Va en busca de las capitales y, nuestro caso, su ambición es escalar la cordillera para caer sobre la altiplanicie, como si debieran repetir la ruta de los conquistadores. Con Galán aciertan en su capitán. En su estrategia y en su táctica, hasta que se topan con los notables del marco de la plaza y ven

estumarse sus propósitos, entre el dédalo de la moderación calculada. Los Comuneros, con sus millares que se improvisan en ejército, que tienen muy precisos sus objetivos, absuelven ya la inquietud bolivariana sobre la autenticidad. Si a Bolívar lo absorbía la multiplicidad de clases y castas, los Comuneros unen a indios y mulatos, a mestizos, cuarterones, y algunos criollos, en una acción contra lo establecido que no oculta su nombre. Nó simplemente los impuestos, sino los funcionarios, la estructura social misma. Primer choque, -realidad pre-revolucionaria,- con el patriciado criollo que espera en la Santa fé almenada en la laxitud de su altiplanicie.

Repetido, ese choque traza el escenario de la lucha por la independencia, con un Bolívar que escruta al ámbito americano en busca de sus verdades que podrían indicarle cómo hallar una ruta propia. Se trata de aclimatar, -otra vez ese ineludible "mal de la tierra",- ideas, instituciones obviamente importadas. En el polo opuesto, traerlas en bloque, en una repetida imposición cultural. Así como es dinámico el pensamiento bolivariano, aparece inflexible el de los ideologistas. Contraposición que ha dado pié para que se hable del eclecticismo de Bolívar ubicándolo como jacobino en los inicios de su lucha y trasladándolo a la antípoda cesarista en su declinar, y lo cual bien puede atribuirse a un lugar común que hace carrera por su superficialidad fácil. Por el contrario, recorrer su pensamiento significa invalidar esa presunción, descubriendo unas líneas directrices que aún mantienen vigencia.

Escencialmente, ir en busca de la autenticidad americana para asumirla en vez de rehuirla con cierto sentido vergonzante. Si se forja en un choque de razas dista mucho de la frialdad, de lo metódico disciplinado, o el racionalismo excesivo. No es glacial esta zona tórrida... Y ese rescate de valores innatos para liberarlos y encausarlos, es el gran propósito de gobierno de Bolívar. Su norte como estadista. Otro signo que surge casi obvio de esa primera característica: su oposición al oscurantismo que tejió la leyenda negra de España, tan patente en el episodio de "El Hechizado" tanteando en las penumbras inquisitoriales y maniqueas. Para América el reino de Dios está aquí, en su seno huracanado. Nuestra historia republicana es en definitiva el choque entre esta intuición hacia la autenticidad y la imposición de la corona de España, que renace, disfrazada, como reacción al culto a la libertad intangible. Un reino de confusión y formalismo, dioses y demonios, que entorpece la afirmación de la nacionalidad desde cuando comenzara a tambalear el trono madrileño ante el embate bonapartista.

Fué necesario que Bolívar asumiera la tajante decisión de la guerra a muerte para que la independencia pasara a tomar su cuerpo. La América unitaria

conque soñaba en Jamaica como punto para el equilibrio del mundo, tenía que compactarse al través de este sentido de clase. Unos, eran los americanos, desde los "mantuanos". -y tal era su origen,- hasta los pardos y zambos que los servían. Otros, los funcionarios coloniales, personificación de una estratificación vertical del poder. Desata la tempestad que cruzará los Andes hasta la aristocrática Lima. Por el camino van quedando las villas de altiplanicies, moradas de los "lanudos" embebidos en los artilugios de incisos que podrían garantizarles la herencia de los funcionarios coloniales derrocados. El choque surge también de los reflejos del mundo que acaba de descubrirse tras del vendaje de tres siglos: la libertad formal con el transplante estricto de la división de poderes, el federalismo.

De la revolución francesa Bolívar tomó el aliento igualitario y de la americana rechazó el federalismo, desde su juventud. Al norte, las fórmulas de Filadelfia traducían las necesidades de una empresa libre, consustancial a la libertad individual y a la propiedad absoluta, con un inmenso y rico campo que sustentaba su ambición sobre el hemisferio. No era una perspectiva lejana, sino tan inmediata como los enunciados del "monroísmo", y que convocaba a la gran patria unitaria americana. Es la línea coherente de su pensamiento. Si bien el objetivo fué la libertad, también era cierto que para construirla debían eludirse muchos espejismos de esa libertad formal. Aquella tallada en mármol helénico con un rigor clasicista. Todo Bolívar, su potencialidad vital, su pensamiento, gravitaba alrededor de esta obra, la mestiza, la cuarterona, tan parecida a la Virgen de Guadalupe tocada ya por el "mal de la tierra". Una libertad que seduce por su halo de romanticismo.

Una premisa valedera. Si hubo un choque de clases tan pronto se impuso la independencia, fué entre aquellas que Bolívar deseaba unir y la que surgía al amparo de las más puras formulaciones libertarias. Paradoja solo aparente, pues es bien sabido que con los empréstitos de la Gran Bretaña y sus mercancías llegó también el auge del mercantilismo, y se reclamó vía libre para el transplante burgués a una América que no había desmantelado la estructura colonial. Lo atestiguan Salvador Camacho Roldán cuando hablara de "las aristocracias de la raza, del clero y la territorial" y José María Samper al clamar con ira: "Abajo los agiotistas, abajo los monopolios, abajo las compañías de murciélagos privilegiados, para que el pueblo no muera de hambre". Pronto, los opositores de Bolívar, -y entre ellos algunos de los conjurados de la noche septembrina,- proclamarán el "laissez-faire en el interior, y el cosmopolitismo hacia el exterior", y no tardará tampoco en dirimirse ese enfrentamiento con los artesanos de las Sociedades Democráticas.

El espejismo de esa libertad que rewertió así contra ella misma, no sedujo jamás a Bolívar para quien el problema del poder era demasiado concreto.



¿El poder, para qué? Para construir la libertad, amoldando a la idiosincrasia americana las instituciones que florecían en el mundo que desde entonces era ya del desarrollo. El auto del proceso lo encabeza la Constitución Boliviana y, más exactamente, la presidencia vitalicia con una vicepresidencia hereditaria, y por designación del primer mandatario. Por ello se le han enrostrado intenciones cesaristas. Y sin embargo, la lectura de la Constitución Boliviana y del mensaje sustentándola, muestra cómo a esa cabeza del ejecutivo se le contrapesaba al máximo con otros tres poderes, inclusive el electoral agregado por Bolívar a los de la división clásica. Al senado correspondía escoger los prefectos, los jueces de distrito, los gobernadores, corregidores y todos los subalternos del departamento de justicia, circunscribiéndose al presidente los nombramientos de empleados de hacienda, paz y guerra. Así, son palabras de Bolívar, en el presidente "estriba todo nuestro orden, sin tener por ésto acción. Se le ha cortado la cabeza para que nadie tema sus intenciones, y se le han ligado las manos para que a nadie dañe". Y puntualizaba aún más: "está privado de todas las influencias(...)" Esta disminución de poder no la ha sufrido todavía ningún gobierno bien constituido: ello añade trabas sobre trabas a la autoridad de un jefe que hallará siempre a todo el pueblo dominado por los que ejercen las funciones más importantes de la sociedad". En la concepción bolivariana esta presidencia vitalicia, para que en ella estribara el poder sin tener por ello acción, estaba llamada a garantizar la continuidad del estado, -cuando no existían partidos constituidos que lo alternaran, de manera que las nuevas naciones no fueran víctimas "ni de la anarquía, ni del despotismo", según otra de sus reiteradas sentencias. La Construcción de la libertad y el poder. Bolívar tenía razón para sus alarmas. La guerra a muerte podría revivir con la "pardocracia". La sustitución de privilegios culminar en la "albocracia". Ambos términos excluyentes lo inquietan mientras pisa este suelo americano, volcánico, multiplicando las ondas sísmicas de la inestabilidad que, con todo, no eran más que el signo de los cambios precipitados por la independencia. Surgía toda esta estructura del voto. Cada diez ciudadanos nombrarían un elector, sin que se excluyera del derecho al sufragio a quienes carecían de bienes.

La Constitución Boliviana no puede desligarse del Congreso Antifictiónico de Panamá. En momentos en que la oposición a aquella arrastraba la disolución de la Gran Colombia, Bolívar buscaba otro sustento para la gran nación unitaria que había soñado y que comprobaba ahora como el indispensable contrapeso a Estados Unidos. Ya en la Carta de Jamaica deliraba con este día en que el mundo nuevo, al igual que Grecia en Corinto, pudiera congregarse en el Istmo, eje equilibrante del hemisferio. Allí en la anfictonía, debían cumplirse propósitos ambiciosos. Sería la hora para que la Gran América unitaria estableciese su igualdad con las potencias.

Por esos días el abanderado José María Espinosa traza un retrato suyo al carboncillo del cual se esfuman la vehemencia iluminada y la clarividencia de otros tiempos. Entre todos los golpes, después de la noche septembrina, son muchos más duros los restallantes de los lanceros de Páez y los modosos de los abogados santafereños, las suspicacias y las argucias limeñas que provocarán la marcha en retirada de los ejércitos del sur. Había concebido a la Gran Colombia sustentada en un triángulo isósceles, con sus vértices en el Istmo de Panamá, puente y enlace de los océanos de oriente y occidente, en las fuentes amazónicas germinales aún de otro mundo, y en las cuencas del Magdalena, del Guayas, del Zulia y del Orinoco, como si presintiera que aquella torrencial autenticidad americana habrá de volcarse al fin desde los Andes y de los Llanos para abrirse a la rosa de los vientos de la libertad de los pueblos. Sólo rescoldos de gloria amargamente avivados por el malograrse de sus sueños... ¿Acaso su partida definitiva de Santafé no fué dejando en la lejanía, -ya su gloria pretérita-, el eco de aquellos infamantes gritos, coreados por carcajadas de befa, de Longanizo, Longanizo?

Recordaría entonces lo que dijo alguna vez: "Los tres grandes majaderos de la humanidad hemos sido Cristo, el Quijote y Yo! ..." El Quijote, la España díscola. Cristo, la antítesis de la España inquisitorial de "El Hechizado" Carlos II. Sus utopías habían sido eso, simplemente. Utopías avasalladas, por este renovado coloniaje que dispersó a América cuando se asomaba así misma, y a lo que continúa siendo su destino. Utopías, simples utopías, para que, -un día de estos,- salte quien ha de convertirse en el cuarto gran majadero de la humanidad, a su lado, al de Cristo y al de Quijote.